

## II.

### UN ESPAÑOL Y UN FRANCÉS.

— ¿Es decir, señora, exclamó Mr. Picard así que se hubo sentado, y dirigiéndose duramente á Clemencia, es decir que hoy, por ser domingo, no piensa V. trabajar, siguiendo su costumbre?

— Así es la verdad, mi querido Sr. Picard, respondió Mme. Merval con una sonrisa; ya sabe V. que sólo escribo los días de trabajo.

— ¡Sí, lo sé, lo sé! respondió el comerciante con enojo: lo mismo me pasa con V. que con esa enclenque de Mme. Blanfort.

— La pobre Julia es distinto: no puede aún trabajar lo que quisiera.

— ¡No puede, no puede! No puede porque yo no sé quién demonio le ha dado ó prestado dinero; que si no, no haria tantos dengues y ya hubiera acabado mi cuadro.

— A cualquiera hora que lo acabe, observó gravemente el viejecito anguloso, debe V. darse por muy contento, porque tiene V. en él una fortuna.

— ¡Calle V., señor, calle V.! respondió casi furioso Mr. Picard: ¿qué sabe V. de eso, ni qué saben en su

país de V., donde todo se halla tan atrasado? ¡Si pensará V. que se van á tropezar en la escalera de mi casa los compradores del cuadro de Mme. Blanfort!

— Pienso, respondió con severidad el viejecito, y con una voz que hacía, por su robustez, un extraño contraste con su endeble persona; pienso que ese cuadro es para usted una fortuna, y en mi país y aquí pensarán lo mismo cuantos tengan un regular sentido comun, y pienso además otra cosa, que es muy poco favorable á la pretendida generosidad de V.

— ¿Y qué es? preguntó M. Picard con impertinencia.

— ¿Qué es? que ese cuadro no debía ser de V.

— ¡Vamos, si estos españoles tienen un modo de ver las cosas! murmuró el comerciante; pues ¿quién fué el que le adelantó dos mil francos cuando se moria de hambre, cuando aún no habia empezado su cuadro y pudo darme un chasco?

— Usted; todos lo sabemos por lo mucho que lo repite.

— Y yo, aunque V. lo calle, sé que es V. quien ha dado dinero á esa jóven para que no trabaje y me perjudique, porque ya esperan el cuadro.

— Pues ¿no dice V. que no ha de hallar quien le compre?

— Vamos, ¡este hombre tiene una memoria asombrosa! exclamó M. Picard hiriendo el suelo con su ancho pié: el decir que haya una persona que espera el cuadro para verle no es decir que haya muchos compradores que se lo disputen.

— ¡Pobre Sr. Picard! exclamó riendo el padre de Cle-

mencia : ¿no sabe V. que mi vecino D. Fernando es muy sutil, y que le envuelve á V., como suele decirse, cuantas veces se le antoja?

— ¡Sí, sí; luégo dicen que los españoles no saben! masculló entre dientes M. Picard.

— ¿Quién dice tal cosa? preguntó el llamado D. Fernando : al que se lo vuelva á asegurar contéstele V. que los españoles, en general, lo que no saben es mentir ni hacer bajezas; pero que, por lo demas, ignoran pocas cosas de las que deben saber.

— Y eso de hacer bajezas ¿habla conmigo? preguntó M. Picard enderezando su obesa persona con aire de amenaza.

— Sí, señor, respondió D. Fernando con tranquilidad y sin moverse de su asiento ni cambiar de postura : es una bajaiza el quedarse por tres mil francos con el soberbio cuadro de Mme. Blanfort, que vale doce mil duros españoles : es una bajaiza que pague V. á Mme. Merval tan ruinmente sus obras, que en las traducciones gana sólo lo que un copiante, y poco más en las obras originales : ¡ah! prosiguió dolorosamente el anciano : ¡y los jóvenes artistas de mi patria suspiran por venir á París, y dicen que la capital del mundo civilizado, como osadamente se llama á esta Babel, es el centro de la gloria! ¡Ay, qué equivocados viven!

— ¿Se pagan, pues, más las obras del arte en España, caballero? preguntó socarronamente M. Picard.

— Se pagan tanto como aquí, y tal vez más, respondió gravemente D. Fernando; pero hay una diferencia.

— ¿Una sola?

— Una más grande que las otras : allí hay pocas reputaciones usurpadas : aquí hay muchas : allí la mediana ayudada de la intriga no medra gran cosa, ó prospera por poco tiempo : aquí se ven cabezas encanecidas llenas de necedades : allí la farsa sólo engaña á los tontos, y aquí la farsa domina, triunfa y se sobrepone á todo : allí hay mucho de positivo, de noble, de grave; aquí todo es arte, ficción, mentira.

— ¿Pues por qué ha venido V. aquí, caballero?

— Se lo diré á V., no por satisfacerle, sino porque me importa poco que todo el mundo lo sepa : he venido por quitar la máscara á un hombre que me ha robado.

— ¿Y lo ha conseguido V.?

— Sí, por cierto; era el Conde de Montalvan.

— ¡Cómo! ¿ese que acaba de morir?

— El mismo, caballero; pero no ha muerto : se ha matado.

— ¡Cómo!

— Con una pistola : del modo que lo hacen la mayor parte de los suicidas.

— ¿No se acusa V. de esa muerte?

— No, señor : estaba colocado entre la deshonra y el suicidio, y ha elegido el segundo.

— Pero..... ¿y su hija?

— Tan buena..... tan fea..... y tan perversa como siempre.

— ¿No dicen que tiene relaciones con Mr. Blanfort?

— Sí, lo dicen.

— ¿Y V. no sabe si es verdad?

— Yo no sé nunca lo que no me importa saber.

La campanilla de la puerta sonó entonces, y Mme Merval fué á abrir, entrando poco despues seguida del mozo de una fonda inmediata que traia el almuerzo del padre y de la hija.

El mozo se retiró y ambos se pusieron á almorzar. El ajuar de la mesita no podia ser más modesto, pero deslumbraba por su aseo : sobre el mantel fino y blanco se destacaban los platos de loza blanca con filetes y ramitos azules : habia cubiertos de plata, delgados en fuerza del uso, y un salero del mismo metal ennegrecido por el tiempo : los vasos brillaban de limpieza.

Clemencia empezó por servir á su padre un plato de legumbres, manjar de que el anciano gustaba mucho, un trozo de asado y un poco de vino : ella comia como un pájaro, y parecia gozar de una dicha inefable viendo el apetito de su padre.

—Con que, yo voy á exponer la pretension que me trae aquí, dijo M. Picard, y me marchó, que no falta quien me espera con impaciencia : la cosa es que mi hijo Aquiles no me deja sosegar, y que me temo que voy á quedar sin él, si no se casa con Mme. Merval : me ha dicho así que se ha levantado : « Anda, vé, mi querido papá ; no he podido dormir en toda la noche ; dí á Clemencia que por ella renunciaré á todas mis calaveradas, á mis hábitos elegantes ; en una palabra, que hará de mí cuanto quiera ; que viviremos con su padre, y en fin, que espero que ántes de desahuciarme para siempre, mirará lo que hace. »

—Señor Picard, respondió suavemente Clemencia, diga V. á su hijo que le respondo ahora lo mismo que

otras veces ; es decir, que no quiero volverme á casar.

—¿Con que, le desaira V.?

—No, señor.

—Pues ¿cómo se llama eso?

—Ya lo he dicho : no quererme casar.

—¿Pero V. sabe lo que pierde?

—Ya sé que pierdo mucho, y lo siento.

—Yo soy muy rico : mi hijo será mi único heredero : ésa es la razon por que no tiene carrera ni profesion alguna : ¿para qué la quiere? nunca le ha de faltar más de lo que necesita : así es que las muchachas se mueren por él.

—Por eso verá V. cuán pronto me olvida.

—¡Ojalá! pero ya he desesperado de que suceda : yo no sé qué diablos tienen las mujeres honradas que así dominan á los hombres, y sobre todo á los muchachos tercios como Aquiles..... sólo se aficiona á los imposibles, y yo creo que, por lo mismo que V. no le quiere, se ha empeñado en casarse con V.

—Tal vez sea así.

—¿Y quién lo duda? ¡V. no es hermosa!

—Jamás me he tenido por tal, señor Picard, respondió Clemencia sonriéndose.

—Y hace V. muy bien : él vale más.

—Seguramente.

—Tan grueso..... colorado como una manzana..... tan robusto..... jamás ha tenido un constipado, excepto ahora..... que se queda tan flaco, que da pena.

—Ya se recobrará.

—¿Conque, no cede V.?

—Pero ¿á qué?

—A casarse con Aquiles.

—Repito á V. por última vez lo que ya le he dicho tantas.

—Es decir, ¡que no, y que no!

—Que no quiero volver á casarme.

Mr. Picard se levantó: apénas podia dominar su enojo: dió una vuelta por el cuarto, y deteniéndose delante de Clemencia, que comia tranquilamente, le dijo con acento colérico:

—¡Pues creo, señora, que debia V. darse por muy satisfecha!

—Ya he dicho á V. que le agradezco á su hijo ese cariño, aunque no puedo pagárselo.

—Repito que no es V. nada bonita.

—Ya he convenido en ello.

—Y ademas, que es V. muy pobre.

—Tambien es cierto.

—¿Y se podrá saber qué es lo que V. espera en ese caso?

—Pasar la vida al lado de mi padre.

—Y que el tonto de Picard le siga á V. comprando su trabajo, bueno, ó malo, ó mediano, ¿no es verdad?

Al oir estas palabras pronunciadas con dureza, el gracioso rostro de Clemencia palideció intensamente: jamas se habia presentado á su imaginacion la posibilidad de que un dia pudiera llegar á faltarle trabajo, único recurso que, unido á la corta pension que cobraba su padre como capitán retirado, sustentaba á los dos.

El terror que se siente al columbrar una desgracia en el horizonte de la vida es el precursor de las angustias que se han de sentir despues.

Clemencia, agobiada de un funesto presentimiento, no respondió una palabra; pero su padre, más vehemente y ménos reflexivo, contestó con altivez:

—No puede contar mi hija con V. rehusando sus ofertas, más que en tanto que V. quiera abusar de su bondad, como lo ha hecho hasta aquí.

—¿Qué es eso de abusar? vociferó Picard, volviéndose iracundo al anciano.

—¡Por Dios, padre mio! murmuró Clemencia en voz baja y acercándose á su padre.

Pero éste, que no podia sufrir al negociante, y que si aconsejaba á su hija que aceptase por esposo á Aquiles, era sólo haciéndose una inmensa violencia, no pudo dominar por más tiempo los ímpetus de su ira, y contestó con acritud:

—Eso de abusar es el modo que V. tiene de pagar los trabajos de mi hija.

—¡Pues tenga V. entendido que desde hoy renuncio á ellos! ¡Veremos quién se los paga mejor que yo!

—Eso no es cuenta de V., ni tiene ya aquí ningun quehacer.

—¡Pues ya se ve que no! Me voy, y que esta señora se guarde sus manuscritos y le hagan buen provecho.

—¡Hé aquí la galantería francesa! exclamó D. Fernando con ironía, en tanto que Clemencia se dejaba caer llorando sobre una silla.

—¡Ah, padre mio, ¡qué has hecho! murmuró la jó-

ven con profundo desaliento y en tanto que Picard salía bufando de coraje.

—¿Querías, pobrecita mía, que te dejase insultar? ¿No ves que él vino decidido ó á arrancarte el consentimiento para la boda con su hijo, á fin de explotar á su gusto tu talento, ó á negarte sus ruines socorros?

—Pero yo le hubiera ido conteniendo con alguna esperanza vaga.....

—¿Esperanzas que no habías de realizar nunca? ¡Eso es indigno de tí, hija mía!

—Pero ¡qué harémos ahora, Dios mio, qué harémos! ¡Yo contaba con el importe del libro que estoy acabando para la compra de algunas cosas indispensables en la casa!

—¡Vamos, consuélate y no llores así! Me partes el alma, dijo el viejo, confuso y afligido.

—¡Otra vez atrasos, Dios mio, ahora, que íbamos tan bien!

—¿Quieres que me arrepienta de haber tratado á Picar como se merece?

—¡No! exclamó el anciano D. Fernando : jamas debe uno arrepentirse de hacer lo que dictan el honor y la propia dignidad: tu padre, hija mía, ha hecho lo que debía hacer, y nada más.

—¡Gracias, amigo mio! dijo el anciano, que se sentía aliviado de un gran peso con la aprobacion de su amigo : los españoles somos todos así : el pan, pan, y el vino, vino; pero esta picarilla es francesa y no desmiente á su país : todo diplomacia, todo astucia.

—Dios es bueno, prosiguió D. Fernando, y no aban-

dona á nadie: dudar de él es ofenderle, querida Clemencia. Vamos, anda á ver á tu amiga Julia un rato, que yo me quedo aquí acompañando á tu padre.

Clemencia se enjugó las lágrimas que áun bañaban sus mejillas, abrazó á su padre y salió : un instante despues se la vió atravesar la calle y entrar en casa de su amiga.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO